

LA INTRUSA

ÉRIC FAYE



De profesión meteorólogo, Shimura lleva una vida solitaria y metódica que transcurre con precisión milimétrica entre el trabajo y su casa, un microcosmos de orden y pulcritud a las afueras de Nagasaki. Sólo el canto ensordecedor de las chicharras es capaz de alterar una rutina tan previsible hasta el día en que Shimura cree percibir pequeños cambios en la impoluta organización de su hogar. No parece obra de un ladrón, pues todos los objetos de valor siguen en su sitio. Shimura instala una cámara en la cocina y, perplejo, descubre la presencia de una mujer desconocida, una intrusa que lleva un año viviendo en un armario de la casa.

Obra ganadora del Gran Premio de la Academia Francesa, esta novela de Éric Faye —autor reconocido por plantear con sencillez los grandes temas que afectan al hombre moderno— se basa en un caso real para explorar el influjo que la memoria de los lugares que habitamos ejerce sobre nuestra conciencia.

*Se dice que los bambúes del mismo tronco florecen
el mismo día y mueren el mismo día, por lejanos que
sean los lugares del mundo en que los planten.*

PASCAL QUIGNARD

Esta novela está inspirada en una noticia aparecida en *Asahi*, entre otros periódicos japoneses, en mayo de 2008.

Hay que imaginarse un cincuentón decepcionado por serlo tanto y tan pronto, domiciliado en las afueras de Nagasaki, en una casita de un barrio con calles de cuevas vertiginosas. Y ver esas serpientes de blando asfalto que reptan hacia la cima de los montes, donde una muralla de caóticos y torcidos bambúes detiene el hervidero urbano de tejados, terrados, techados y sabe Dios qué más. Ahí es donde vivo. ¿Quién soy? Sin querer exagerar, un don nadie. Me aferro a costumbres de soltero que me sirven de parapeto y para decirme que, en el fondo, no tengo mucho que reprocharme.

Una de esas costumbres consiste en seguir lo menos posible a mis compañeros cuando van a tomar unas cervezas o unas copas al salir del trabajo. Prefiero reencontrarme un poco conmigo mismo en mi casa y cenar temprano, en todo caso, nunca después de las seis y media. Si estuviera casado, puede que no me impusiera la misma disciplina y los acompañara más de una vez. Pero no lo estoy (casado). Y, en realidad, tengo cincuenta y seis.

Ese día llegué a casa antes de lo habitual porque me sentía un poco destemplado. No pasaban de las cinco cuando el tranvía me dejó en mi calle con una bolsa de la compra en cada mano. Entre semana no es frecuente que regrese tan temprano, así que tuve la sensación de entrar como un ladrón. Seguramente, «como un ladrón» es un poco exagerado, aunque... Hasta hace bien poco no solía cerrar con llave cuando salía. Nuestro barrio es muy tranquilo, y en el vecindario hay varias ancianas (la señora Ota, la señora Abe y alguna otra que vive un poco más lejos) que se

pasan el día en casa. Cuando vuelvo cargado, resulta cómodo haber dejado abierto: bajo del tranvía y sólo tengo que andar unos metros; luego tiro de la puerta corredera y ya estoy en casa. Lo que tardo en quitarme los zapatos y ponerme unos calcetines, y empiezo a guardar la compra en los armarios de la cocina. Después, me siento y respiro. Pero ese día no pude darme ese lujo: al ver el frigorífico, mis temores de la víspera despertaron con un sobresalto. Sin embargo, al abrirlo todo me pareció normal. Todo estaba en su sitio, es decir, donde estaba por la mañana, cuando me fui. Las verduras envinagradas, el tofu en cubitos, las anguilas para la cena... Examiné con atención las bandejas de cristal. Salsa de soja y rábanos, laminarias secas y puré de judías pintas, pulpo crudo en un tupperware... En el estante de abajo, las bolsitas triangulares de arroz con algas eran exactamente cuatro. Y allí estaban las dos berenjenas. Respiré aliviado; además, estaba seguro de que la regla también me tranquilizaría. Es una regla de acero inoxidable de cuarenta centímetros de longitud. Pegué una tira de papel blanco en el canto no graduado y a continuación sumergí la regla en el tetrabrik de zumo multivitaminado (A, C y E) que había empezado esa mañana. Esperé unos segundos, los suficientes para que mi sonda se empapara, y la saqué lentamente. No me atrevía a mirar. Ocho centímetros, comprobé. Sólo quedaban ocho centímetros de los quince que había cuando me marché. Alguien se había bebido el resto. Pero vivo solo.

La inquietud volvió a bullir en mi interior. A fin de asegurarme, consulté la libreta en que apuntaba los niveles y cantidades desde hacía unos días. Sí, esa mañana había quince... Una vez llegué a fotografiar el interior del frigorífico, pero enseguida dejé de hacerlo. Pereza, sensación de ridículo... Debo decir que por esas fechas mis dudas aún eran vagas; en cambio, ahora ya no me quedaba ninguna. Tenía una nueva prueba, la tercera en dos semanas, de que efectivamente pasaba algo, y yo soy una persona racional,

no alguien capaz de creer que un ectoplasma se cuele en tu casa para beber algo y comerse las sobras.

Mis primeras sospechas, surgidas hacía ya varias semanas, se habían disipado rápidamente. Pero poco después habían regresado de un modo sutil, como insectos que revolotean en el aire nocturno y desaparecen antes de que sepas qué pasa. Todo había empezado con la certeza de que había comprado un alimento que luego no encontraba. Por supuesto, mi primera reacción fue dudar de mí mismo. Es tan fácil convencerte de que has puesto un artículo en el carrito del supermercado, cuando en realidad no has pasado de la intención... Qué tentador es echar la culpa de los titubeos de la memoria al cansancio. ¿Acaso hay algo que el cansancio no pueda justificar?

La segunda vez, dio la casualidad de que había guardado el tíquet de la compra y pude comprobar que no eran imaginaciones mías: sí, claro que había comprado el pescado que se había volatilizado. Sin embargo, resultaba difícil sacar una conclusión clara de esa evidencia, pasar de golpe de la perplejidad intrigada a un comienzo de explicación. Estaba conmocionado. De algún modo, el interior de mi frigorífico era la matriz en constante renovación de mi porvenir: allí dentro me esperaban las moléculas que me proporcionarían energía durante los siguientes días en forma de berenjenas, zumo de mango y a saber qué más. Mis microbios, mis toxinas y mis proteínas de mañana aguardaban en aquella fría antecámara, y la idea de que una mano ajena atentara contra mi yo futuro mediante hurtos aleatorios me inquietaba profundamente. Mejor dicho, me repugnaba. Era ni más ni menos que una forma de violación.

La noche transcurrió sin que mermara mi perplejidad ante la bajada de nivel del zumo. Por la mañana, mi quisquillosamente se empeñó en juntar las piezas del puzzle. En momentos así, el cerebro investiga, reconstruye, coteja, dedu-

ce, analiza, calcula, yuxtapone, supone, contrapone... Hasta acabar maldiciendo el frigorífico Sanyo gris, sobre el que un socarrón fabricante tuvo la ocurrencia de estampar el eslogan *Always being with you*. ¿Se habrá visto alguna vez un frigorífico encantado? ¿O que se alimentara sisando parte de su contenido? Al regresar de la oficina, decidí librarme de aquella angustia que se había ido convirtiendo en una tortura. Apenas eran las seis; aún me daba tiempo a... Era un recurso extremo y seguramente me sentiría ridículo, pero mi ansiedad había llegado a tal punto que ahora lo único importante era saber. Al diablo con mis costumbres, cenaría tarde.

Volví a vestirme y calzarme para salir y salté a un tranvía que descendía en dirección a Hamanomachi. La tienda donde pensaba comprar mi nueva «trampa» estaba a sólo dos paradas; si no había perdido mi buena mano para el bricolaje, esa noche dormiría más tranquilo.

Al final, la instalación del artefacto resultó más fácil de lo que esperaba, sin necesidad de recurrir a mi supuesta habilidad. La activación de aquel pequeño dispositivo que relegaba a la Edad de Piedra mis mediciones frigoríficas sólo podría hacerse desde mi puesto de trabajo, al día siguiente. Procuraría estar allí lo antes posible, alrededor de las ocho. Actuar me tranquilizaba, pero me sentía impaciente y, por qué no decirlo, un poco raro: pasaban de las nueve cuando me di cuenta de que aún no había cenado. Bah, por una vez... Con una tetera caliente al lado del sillón, intenté distraerme viendo la tele, pero a mis ojos, que se negaban a cerrarse, ningún programa les hacía gracia. Así que abrí la revista a la que estoy suscrito y que no suelo leer nunca. En la página 37, la fotografía de un tipo arrugado como una pasa me llamó la atención. «Tanabe Tomoji no ha probado el alcohol en su vida», afirmaba el periodista. Tras echarle una ojeada al artículo, no pude evitar decirme: ¡Menudo imbécil! Tanabe, el decano de la humanidad, asegura haber llegado casi a los ciento trece años manducando úni-

camente verdura y, muy de vez en cuando, gambas fritas. ¡Todo un juguista! El gran placer de aquel fósil viviente consistía en chupar un par de gambas. Encima, cada vez las probaba menos, porque los fritos no le sentaban bien. ¡Pobre Tanabe! Pronto entrarás en el nirvana y todo irá mejor, ya lo verás: en la puerta han colocado un puesto de gambas fritas con poco aceite donde podrás ponerte las botas...

Sonreí, pero estaba fascinado; había dejado de pensar en la trampa, y no levanté los ojos del artículo hasta llegar al final. «Soy feliz —aseguraba aquel carcamal—. Quiero vivir diez años más». ¡Qué tonto! Y después, no sé por qué, olvidándome del día que acababa entre el lejano rumor de la circulación, me quedé un rato en la penumbra junto al ventanal, mirando sin ver la bahía, con el astillero y las negras siluetas de los barcos.

Y entonces crees que tu yo y todos los sedimentos que arrastra (amargura, preocupaciones, remordimientos, decepciones, envidias...) se van a diluir en un sueño de bebé. Pero la noche empieza y no es como la imaginabas. Aunque son como siempre han sido, ni más ni menos, las cigarras te despiertan cuando empiezas a coger el sueño. Borrachas, tozudas, las condenadas chirrían y chirrían, ¿o será que esta noche estás especialmente sensible? Ahí las tienes, entrando en fila india en tu cabeza por un oído y saliendo por el otro, después de pasearse por tu cráneo, a cuyo interior se lanzan en tromba, una detrás de otra, risueñas, burlonas. Por suerte, un fuerte chaparrón las dispersa poco antes del amanecer, como los cañones de agua dispersaban a los manifestantes, ya no recuerdas dónde, anoche, en el telediario de la NHK. Pero ¿cómo dormirte pensando que, con un simple duplicado de llave, el intruso, porque hay un intruso, puede invitarse a tu casa en cualquier momento en compañía de los forzudos de sus amigos, que te darán una paliza y te dejarán medio muerto antes de que sepas lo que pasa? Piensas: La culpa de que no

duerma y del monumental dolor de cabeza que tendré dentro de un rato, delante de mis depresiones y mis anticlones, es tuya, intruso. Pero no te apures, ya arreglaremos cuentas. Está todo listo. Y ahora, arriba, que ya son las seis y media.

Un día, de pronto ya no pasa nada. De tanto tensarla, la cuerda del destino se ha roto. Ya no ocurre nada. La onda expansiva de tu nacimiento ha quedado muy lejos, no, ¡lejísimos! Son los tiempos modernos. Tu vida se extiende entre el fracaso y el éxito. Entre el hielo y la subida de la savia. Esto es a lo que daba vueltas en el tranvía hace una semana; pero esta mañana, pensar que tal apreciación podría ser errónea hace que me sienta eufórico, aquí, en el mismo asiento del tranvía, frente al mismo decorado urbano. El vehículo desciende, devora paradas, devora, parada tras parada, seres humanos silenciosos y pensativos, empeñados en descifrar sueños que superan su entendimiento. ¿Vivirán más intensamente dormidos que despiertos? Después de un rosario de estaciones que sé de memoria, Kankodori, Edomachi y Ohato, Gotomachi y luego Yachiomachi y Takaramachi, bajo y cojo otra línea. A veces hago el último trayecto a pie, pero esta mañana, entre la pereza y la prisa... En cuanto salgo de la chirriante oruga, las cigarras toman el relevo mientras avanzo bajo sus árboles. Me critican, asierran mis ideas y las frases incipientes de tal modo que, al llegar a la oficina, cierro las ventanas, sólo un momento, les digo a los compañeros: No he pegado ojo por culpa de las cigarras, esta mañana están histéricas, ¿las oís?, es como para ponerse tapones y hundíselos hasta los tímpanos, y además te persiguen aunque esté todo cerrado, las condenadas atraviesan el cristal y el hormigón, se ríen de las paredes... Y en ese momento me acuerdo de mi asunto: la cámara y el condenado que se ríe de mis paredes.

Me aílo en mi puesto de trabajo. Los compañeros me suponen enfrascado en el examen de las fotos de satélite llegadas durante la noche. Es que soy meteorólogo, como ellos. Todas las mañanas, en cuanto enciendo el ordenador y abro los programas, consulto los últimos mapas y los informes enviados por las estaciones. Como hoy nada exige que me ponga a redactar un boletín de alerta o alguna otra tarea urgente, abro una ventana en la parte inferior de la pantalla, a la derecha. Unos cuantos clics y la trampa queda activada. Listo. La paz de la cocina donde he desayunado hace un rato surge ante mí como por arte de magia. Todo parece tranquilo. Si fuera el marido de una mujer «de su casa», la vería moverse a distancia. Por la tarde, al salir de la oficina, sabría qué habría para cenar. La webcam que instalé anoche funciona de maravilla. Sin moverme de mi asiento, me convierto en un ninja invisible que vigila su vivienda. Me vuelvo ubicuo sin esfuerzo. Pero suena el teléfono, me reclaman. La reunión del departamento, prevista para las diez, se ha adelantado: empezará enseguida. ¡Maldita sea! Con lo que me habría gustado concentrarme en el pequeño acuario de la esquina inferior derecha...

Más tarde, finalizada la reunión, recupero el uso de mi tercer ojo y vuelvo a montar guardia. Estas minúsculas webcams se pueden conectar a los teléfonos móviles, que es lo que debería haber hecho si el mío no fuera antediluviano (tres años). Durante la reunión, en lugar de perder el tiempo, habría vigilado la cocina mientras los oía escucharse a sí mismos, explicarse y explayarse. Si estuviera casado, seguiría a mi mujer con la mirada, porque tendría celos o porque no podría separarme de ella. Al pasar ante la cámara, ella le haría un guiño pícaro a mi tercer ojo, o le lanzaría un beso. Sabría qué amigas la visitan por la tarde y qué se pone para recibirlas. Pero esta cámara no es un cinturón de castidad ni ningún otro sistema de seguridad conyugal. Desde el interior del aparador acristalado donde la he colocado, echa una ojeada glacial a mi soledad y, si me entretengo dema-

siado, me produce escalofríos. Por suerte, suena el teléfono y un compañero me hace una consulta. Afino cartas meteorológicas marinas: mi trabajo consiste en salvar anticipadamente a los pescadores desde Tsushimato hasta Tanegashima, e incluso más lejos.

La mañana avanza y las cigarras persisten. Soy un manojo de nervios indefenso ante ellas. Harían confesar a cualquier sospechoso.

La que no confiesa es la cocina.

He agrandado la ventana de la esquina inferior derecha, que ahora está en modo «pantalla completa». Ni así. De todos modos, es extraño. Como si ahora que lo he ampliado todo y examino la cocina con detalle... Algo insignificante me deja perplejo. ¿Estaba la botella de agua mineral bien a la vista en la encimera? A veces, los expertos en arte se dejan llevar por intuiciones similares: el cuadro que les presentan es una falsificación, están convencidos, pero no saben justificarlo. Retroceden un paso, avanzan otro... Y yo recorro la cocina con la lupa de mi inquietud. Esa cocina es una falsificación. La botella se ha movido. Mientras yo estaba a) en la reunión, b) en el lavabo, c) al teléfono o d) entretenido con un compañero y sus dificultades para interpretar un negativo. Pero, en realidad, ¿estoy absolutamente seguro de que no sigue en el lugar exacto donde la dejé? Durante el resto de la mañana, sólo he estado fuera lo que he tardado en comprar un *bento* en el Lawson de la esquina para comer delante del ordenador, diez minutos de ausencia que ahora compenso no quitando ojo a la mesa en la que cenaré esta noche. Soy como un meteorólogo confinado en el corazón de un anticiclón estático. Por un momento, al abrir la bandeja del almuerzo y ver los pequeños compartimentos con alimentos multicolores, he tenido la sensación de observar el interior de una casa de muñecas. Y entonces me he dicho: Podrías instalar una webcam en cada una de tus seis habitaciones, dividir la pantalla en

otras tantas ventanas y no hacer otra cosa en todo el día: escudriñar desde la distancia el *bento* en que vives.

Y llega la hora de la pausa. Mis compañeros huyen de la oficina, donde el aire acondicionado se ha declarado en huelga. Yo, por mi parte, prefiero asfixiarme a aguantar las cigarras y vuelvo a cerrar todas las ventanas menos una, la del ordenador, y me acabo compartimento tras compartimento el contenido del *bento*. ¿La botella de agua no estaba un poco más cerca del fregadero hace un momento? Unos quince o veinte centímetros, diría yo... Acabo convenciéndome, pero de repente el viento cambia de dirección. Te lo imaginas, confundes las visiones de tu inconsciente con la realidad. Además, ¿estás seguro de que han desaparecido yogures? Deberías presentarte en la comisaría y poner una denuncia, sí señor: En los últimos meses me han robado tres yogures... Cálmate, anda. Últimamente tienes los nervios de punta.

Por la tarde estuve charlando con dos compañeros nuevos que no tenían nada mejor que hacer que pegarse a mí. Mientras les enseñaba a utilizar un programa de diseño de mapas, me entraron ganas de agarrarlos y entrechocarles las cabezas, a ver si así se enteraban de que habían elegido un momento pésimo para importunarme, aunque debería haberles bastado con mi tono cortante, en especial cuando uno de ellos me preguntó para qué servía la webcam de la esquina inferior derecha de la pantalla: «Ésa». Me hice el sordo y seguí dándoles explicaciones, sin dejar de mirar de reojo la cocina. Debieron de tomarme por un obsesivo o un hogareño depresivo. ¿O sería la casa de su anciana madre, a la que vigilaba a distancia? Seguía parloteando con aquellos dos cuando el rectángulo de la esquina inferior derecha se oscureció ligeramente. Una figura se desplazaba por la pantalla, aplastada (la cámara en gran angular reducía todo lo que entraba en su campo visual, no debería haberla

puesto tan alto) y a contraluz; por unos instantes ocultó parcialmente la ventana que da a la calle. Mientras respondía a aquellos pelmas, comprobé que se trataba de una mujer, a juzgar por su peinado y su aspecto frágil, ya no demasiado joven. La figura se limitó a cruzar la cocina y sólo vi su cara en escorzo, lo que es tanto como decir que no distinguí nada con claridad. Tratando de ocultar mi desconcierto, me volví hacia aquellos dos y seguí soltando banalidades mientras procuraba parecer relajado. Era ridículo. Cuando volví a mirar, la figura ya no estaba. Los dos compañeros me dieron las gracias y me dejaron con mi cocina vacía, como si hubiera sufrido una alucinación. Paciencia, seguro que volvía a pasar en dirección contraria.

Pero no. Diez minutos, un cuarto de hora... Llamar a la policía habría sido absurdo. ¿Con qué motivo? ¿Una silueta fugaz? Ya oía al poli cuando volviera de registrar mi casa inútilmente: A lo mejor está usted casado en una dimensión paralela, Shimura-san, o ha creído ver al fin a la mujer con la que le habría gustado casarse. Y acercándose a mí, con tono de psiquiatra: ¿Una chica que lo humilló en su adolescencia? Sus delicadas facciones perviven intactas en su memoria; pero ese recuerdo tan intenso está pésimamente aparcado y provoca un tremendo atasco en su cabeza... ¿O se trata del duende de un cuento, que ha fijado su residencia en su casa? Todos estamos como usted, señor Shimura, todos tenemos visiones cuando intentamos salir adelante. Y después, en tono de libidinosa complicidad, con voz insinuante y una sonrisa a juego, daría un paso más: Una prostituta o una yonqui, ¿verdad?, confiese; o quizá una masajista de la que se encaprichó y luego se cansó, ya, es humano ¿sabe?, ella se aferraba a usted porque no tenía adónde ir, así que se la quitó de encima amenazándola con acusarla de allanamiento de morada y robo...

¡No! No quería oír sandeces. Necesitaba una prueba. Los policías no detienen a las corrientes de aire. Cerré provisionalmente la ventana «cocina» de la pantalla. Los com-

pañeros volvieron a abrir las de la oficina y las cigarras se colaron por decenas. Malditas... Detrás de ellas, los cuervos repetían la misma cantinela: *qué, qué*. Y sobre ese coro, como solistas, las campanas de Urakami y las sirenas de la policía persiguiendo duendes.

Al bajar del tranvía, las cigarras siguen ahí, atormentándome como arpías lanzadas en mi persecución, agitando sus maracas junto a mis oídos. Invisibles, me imponen su ritmo en mi camino hacia la locura. Me da miedo entrar en casa. De lejos, la cerradura no parece forzada. ¿Tranquilizador? No sé qué decir. La vieja Ota, de guardia permanente, me ve plantado en la acera y me llama. A veces, me hace señas para que me acerque y hablamos de esto y lo otro. Un día me explicó que le recordaba a su hijo. La misma edad, el mismo aspecto de buen chico... Pero él es padre de familia y vive lejos. Sólo viene una vez al año. O dos, si se me ocurre morirme, bromea. Absorbido por mis preocupaciones de la tarde, casi espero oírla decir, con la misma voz afectada que emplea para sazonar los chismes del barrio: ¡La he visto salir de su casa! Pero no, sencillamente quiere charlar un rato, como siempre, así que al final soy yo quien le pregunta. Arquea las cejas y comprendo que no ha notado nada raro, lo que casi la avergüenza:

—Y eso que no me he movido de aquí más que para hacer la compra.

¿Me habré imaginado a la mujer de la pantalla? ¿Será que, a fuerza de enfocar la formica de una cocina, las webcams acaban filmando «también» los espíritus del lugar, los *kamis*? ¿O los espectros que se pasean por un sitio supuestamente vacío? Al cabo de un tiempo, ¿se volverá sensible la «retina» de una cámara a lo que el ojo humano no es capaz de distinguir, del mismo modo que un perro capta los ultrasonidos que el oído de su amo no percibe? Cuando hago amago de marcharme, la señora Ota me lanza una mirada de reojo.